

prueba de bomba; su entusiasmo progresista nace, propiamente hablando, de su pereza, del deseo de economizar tiempo y de molestarse lo menos posible. La primera advertencia que me hicieron a mí al llegar, cuando dí mi ropa blanca a la lavandera, fué que tardarían en lavarla, según es costumbre, de dos a tres semanas; y como con el lavado ocurre con muchas cosas más; aquí no quieren trabajo extraordinario, ni apresuramientos; gustan de la regularidad y dan a cada obra su plazo marcado e inflexible. Yo hace ya muchos años que no tengo reloj; y lo suprimí después de tenerlo otra porción de años parado. En España esto sería una dificultad y fuera de España también he caído en faltas graves por no saber nunca la hora; aquí he resuelto el problema, porque cada ciudadano es un aparato de relojería; la muchacha que enciende las estufas, las ocho; la mujer de la leche, las ocho y media; mi staederska, las nueve; el correo de la mañana, las diez; el almuerzo, las once; la joven que viene del kontor, las doce; segundo correo, la una; la chica que vuelve de sus clases, las dos; mi vecina, una joven pintora, va a comer, las tres; la doktorinna pasa en bicicleta, las cuatro. De aquí en adelante ya no se distinguen los bultos; hay un intervalo hasta las nueve en que mi criada viene a hacerme la cama. Porque aquí, dicho sea de paso, las camas son duras como piedras y las hacen cuando se va a dormir.



VII.

El corresponsal traza un inesperado y curioso paralelo entre la manteca finlandesa y los jamones de Trevélez.

EN una de las innumerables revueltas estudiantiles que agitaron la vida escolar de mi tiempo, no recuerdo en cuál, en una que sería provocada, como de costumbre, por las reacciones gubernativas en vísperas de Noche Buena, se reveló, salió a luz un nuevo orador, que desde lo alto de una reja nos arengó, nos entusiasmó y nos inflamó a los incipientes revolucionarios; era el joven tribuno un prodigio en el arte de escalar rejas y de enardecer a sus semejantes. En la reunión se hallaban dos señores viejos atraídos por la curiosidad y tengo muy presente que el uno dijo:—Ese muchacho llegará a ministro, me lo dá el corazón.—¿En qué te fundas?—repuso el otro—porque yo creo que lo que está diciendo es una sarta de disparates.—No importa, dice disparates pero los dice bien, y además tiene una agilidad sorprendente para encaramarse en sitios altos; repito que ministro tenemos.

Muchas veces he recordado la profecía (que se

realizará, no cabe la menor duda), y he pensado que aquel flamante tribuno tenía una cualidad muy recomendable, la de ser siquiera hombre franco. Aspiraba a salvar el país y lo decía para que nos enterásemos. ¡Cuán diferente es Fernández! Fernández ha publicado un tomo de poesías con el título de *Rugidos de un loco*; las ha dedicado a un personaje influyente de la situación y ha recibido una credencial de ocho mil reales en el ministerio de Hacienda; ya es poeta distinguido y cuando ascienda a doce mil será poeta inspirado; si llegase a jefe de sección sería eminente; y genial si consiguiera el nombramiento de Consejero de Estado; aún le queda que rugir para que sea verdad tanta belleza. — Gómez es autor dramático. Ha compuesto un drama en que figura un genio, falto de recursos y lo que es peor, enamorado de una señorita de buena casa; pero el genio lucha y logra un acta de diputado y se casa a seguida, sin dificultad; y al caer el telón, el público piensa que el genio es el mismo Gómez y que el drama es una indirecta; y el público está en lo firme. — Pérez ha llegado a concejal. Pérez es un joven de provecho que desea ser útil a sus conciudadanos; ha estudiado a fondo todas las «cuestiones vitales» de la vida municipal y tiene en cartera un plan completo de reformas: ocho grandes vías cruzadas y en los cruces plazas muy grandes con monumentos muy pequeños para que no haya estorbos y una red de tranvías que circularán con gran rapidez. Y algunas personas respetables que conocen el pie de que cojea la humanidad en general y Pérez en particular, piensan

que a Pérez como a Gómez, habrá que darle un acta para que vaya a desahogarse al Parlamento, porque si no es capaz de echar la ciudad abajo. Si fuéramos a multiplicar los ejemplos tendríamos un volumen de *caracteres* como los de Labruyere, hasta tal punto nuestra sociedad abunda en tipos de nuevo cuño, forjados todos en el yunque de las necias y vulgares ambiciones. Pero no puedo olvidar un tipo que rebosa interés por los cuatro costados, un amigo y antiguo condiscípulo, González: González es alpujarreño, de familia bien acomodada y aspira a ser el representante de su distrito natural; ha creído descubrir la causa de los males que afligen a sus electores y ha comenzado una campaña de propaganda enérgica; lleva pronunciados más de doscientos discursos, cuya síntesis se halla en el siguiente silogismo: «Todos nuestros males provienen de no tener medios fáciles de comunicación; para tenerlos hace falta un hombre que se mueva, donde hay que moverse; pues bien, yo me ofrezco a ser ese hombre». El argumento como se ve, no admite réplica. Yo sin embargo, creí que no estarían de más algunas aclaraciones y apoyado en la antigua amistad que me une con González, le escribí la siguiente carta:

«Estimado amigo: Leo con sumo interés las noticias que da la prensa sobre tu brillante campaña política y encuentro en ellas un buen agarradero para reanudar nuestras viejas y un tanto olvidadas relaciones. El mundo es demasiado grande y cuando dos amigos se separan no saben cuando ni cómo se volverán a encontrar; lo más que puede

hacerse es tener confianza en la firmeza de la amistad y en el servicio de correos. Así, pues, me daré por contentísimo si esta carta que te escribo desde las cercanías del Polo Norte llega a tu poder y te suena a consejo de amigo verdadero y desinteresado. Y ahora empieza mi cuento.

«No hallo nada que censurar en tus aficiones políticas; sé que dispones de recursos sobrados para vivir y que sólo te espolea el pícaro deseo de colocarte en un sitio visible y en el que te sea fácil trabajar por el bien común. Tú no vas a ensuciarte, estoy seguro de ello, y eres una «fuerza sana» de nuestra política. Pero a mi ver, equivocas el camino y porque creo que te equivocas es por lo que molesto tu atención.

«Desde que llegué a este país habré leído hasta cuatrocientos artículos referentes a la manteca; yo que soy poco amigo de grasas estoy, solo de leer, empachado. Todos los días traen los periódicos algo sobre la manteca; «smoerfragan» es el epígrafe general de los trabajos que se publican sobre «la cuestión de la manteca»; debe de haber redactores especiales que conozcan a fondo tan substanciosa materia y luego hay otros epígrafes como «smoerexport», exportación de mantecas «smoerrnoteringar», notas de precios del artículo, «smosrprofningarna» o sean ensayos o análisis, etc., etc.

«Es decir, que aquí hay una porción de personas distinguidas que se consagran principal y acaso exclusivamente al estudio de las mil cuestiones que afectan a la preparación y exportación de manteca. Después de la madera en bruto o labrada, artículo

que ocupa el primer lugar en la exportación, viene la manteca que compite en calidad y precio con la más celebrada de Holanda o Dinamarca; y como es necesario aumentar constantemente la exportación para adquirir otros muchos artículos indispensables para la vida, los trabajos de quienes en estos asuntos se ocupan son patrióticos y celebrados con igual título que los de la política, las ciencias o las artes.

«Viendo lo que aquí ocurre y leyendo lo que tú dices sobre la necesidad urgente de construir carreteras en tu distrito, se me ha ocurrido pensar que tienes un medio más seguro de extender tu influencia y de conseguir el triunfo de tu candidatura. Si mal no recuerdo tu abuelo amasó la fortuna de que tú ahora disfrutas negociando en jamones alpujareños, en los jamones famosos y celebrados *urbi et orbe* bajo la advocación de Trevélez. ¿Por qué no reanudas tú los negocios con los medios e inteligencia que posees, y «creas una fuente de riqueza» que con el tiempo abriría ella sola sus propios caminos? Tú me dirás que antes de trabajar hacen faltan medios de comunicación y caeremos como siempre ocurre, en el insoluble problema de qué fué lo primero: el huevo o la gallina. Yo tengo vehementes sospechas de que lo primero fué la gallina, y de que lo primero que debe haber en tu distrito es una gran exuberancia de jamones. Si pusieras mano en el asunto tendrías materia para no acabar nunca: 1.º mejoramiento de la raza porcina por medio del cruce y de la alimentación apropiada; libros hay escritos sobre el particular y tú

podrías hacer observaciones y ensayos por cuenta propia y escribir un nuevo tratado; y si te sientes poeta, componer un poema épico con el título de la «Cerdada». 2.º preparación y conservación de jamonés hasta conseguir que los de Trevélez no sólo sean muy buenos sino que sean los mejores del globo y dejen tamañitos a los de Westfalia. 3.º lanzamiento del artículo con arreglo al arte comercial moderno, para aumentar el consumo hasta donde lo permitieran los medios de producción. Hay, pues, tela cortada para rato. No creo que tengas impedimento alguno para trabajar en tan bella obra; hoy no deshonra ningún oficio y si quedan aún algunas preocupaciones ridículas hay que echarlas abajo con hechos contundentes. Ya sé que tu descendes en línea recta, según los genealogistas más autorizados, nada menos que del conde Fernán-González. Pero hoy trabajan también los aristócratas, pues en algo han de entretener el tiempo. No ha mucho hice yo un viaje a Hangoe y fui todo el camino hablando con un noble finlandés, el barón Hisinger, dueño de una gran fábrica de instrumentos agrícolas, establecido en Bilnaes; y todas sus preguntas iban encaminadas a averiguar los derechos de importación de herramientas en España, precios, estado de nuestra industria metalúrgica, etc. La idea de mi interpelante es fabricar más barato aún que los alemanes y crear un nuevo ramo de exportación; y todo podría ser que lo consiguiera. No dejes de contestarme diciéndome con franqueza qué te parece mi consejo, y cuenta

siempre con la buena amistad de tu antiguo discípulo y amigo invariable, etc., etc.»

A esta carta mía contestó a vuelta de correo mi amigo con otra, que copio a la letra, no sin sentir cierto escozorcillo por el abuso de confianza que a sabiendas cometo:

«Mi muy estimado amigo: Ante todo, un millón de gracias por tu carta que me ha llenado de satisfacción. Al cabo de cinco años de silencio, lo que yo menos podía esperarme era una carta tuya, y una carta escrita desde donde la escribes. ¿Cómo podía yo figurarme que te acordaras aún de mí y que estuvieras tan al tanto de las idas y venidas de este pequeño átomo social? Te repito que tu carta ha sido para mí una verdadera sorpresa.

«En efecto, amigo mío, me picó la moscarda política y más que por vanidad, como supones, por compromiso, ando en estos belenes, de los que acaso salga con las manos en la cabeza. La verdad es que me aburría sin hacer nada y que ahora por lo menos me distraigo; la política, cuando se le toma el gusto, tiene grandes atractivos, que compensan ampliamente los disgustos y quebrantos que proporciona.

«Pero aun así y todo, dichoso tú que huyes como un filósofo de estas miserias humanas y que no te tomas ni el trabajo de comprenderlas. Y digo esto, porque tu carta revela un desconocimiento tal de lo que es nuestra nación que parece que escribes, no ya desde Finlandia, sino desde la luna. Si yo siguiera tus consejos no sería flojo el regocijo que daría a mis adversarios; hoy me ponen

reparos, porque mi fortuna viene del negocio que a tí te entusiasma; si yo reanudara la tradición familiar me llamarían el marqués de los Jamones y habría concluído mi vida política. Hay dos o tres negocios que están de moda y en los que se puede trabajar sin peligro; por ejemplo, la fabricación de azúcar. Cuando se habla de un ingenio, el público se figura algo muy grande, en que el amo es como un reyezuelo o un señor a la antigua; se recuerda que en los ingenios había antes esclavos a quienes apalear; y la imaginación, recogiendo estos y otros detalles, forma su caramillo y encubre la parte vulgar que puede haber en ese género de industria. Pero en la de jamones no hemos dado aún un paso y todo el que la toque se ensucia.

«Yo no quiero aumentar mi caudal, quiero vivir sin preocupaciones; y para no estar completamente ocioso me he metido en la política. Y como hay necesidad de hablar, hablo sobre el tema que más interesa ahora, sobre los medios de comunicación. El tema es inagotable, y una vez que se le domina se pueden improvisar bellos discursos, en que se habla de las carreteras como lazos de unión entre los hombres, como red de arterias y venas por donde circula la riqueza, es decir, la sangre de los pueblos. Esto gusta y a esto hay que atenerse.

«Quizás en el fondo tú llevas la razón; pero en mi distrito soy yo quien está en lo firme. Esto no es Finlandia y yo creo que es mejor que Finlandia; porque aquí queda aún fantasía y no estamos aún subyugados por el materialismo ni por el utilitarismo. Por lo demás, yo te aseguro con la consi-

guiente reserva, que si salgo adelante con mis planes, no he de hacer nada para que construyan vías de comunicación; hay que ir dando largas y dejando el trabajo a los que vengan detrás, porque las gentes nunca están satisfechas y si se les da lo que ahora piden, no tardarán en pedir algo nuevo.

«Dispénsame la excesiva franqueza con que te hablo, examina con imparcialidad mis razonamientos, y creo que comprenderás el error en que te hallas; y que esto no sea ocasión para que se interrumpan de nuevo nuestras relaciones, que desearía estrechar con una correspondencia continuada y frecuente, tu amigo etc.»

Después de leer esta carta he pensado:—González es un pícaro, pero González lleva toda la razón.



### VIII.

#### Diversos estados sociales de la mujer: solteras, casadas, viudas y divorciadas.

CUANDO se escribe sobre cualquier país, basta de ordinario hablar del hombre. El hombre es el ser humano en general, varón y hembra, y lo que de él se dice se aplica a los dos sexos. Aquí en Finlandia la regla no es estrictamente aplicable, porque la hembra ha sacado los pies del plato. La «*kvinna*»; la mujer, es pájaro de cuenta; tiene su personalidad propia y bien marcada y merece un estudio psicológico aparte. Voy, pues, a escribir varias cartas sobre la mujer, estudiándola de fuera adentro, y principio mi tarea por lo que es más exterior, por el estado social. Hablaré de las solteras, de las casadas, de las viudas y de las divorciadas; de las monjas no puedo hablar porque no las hay.

El tipo más curioso de mujer es la soltera que vive sola. La que vive con su familia es poco más o menos como en todas partes; sólo que aquí tiene una libertad de movimientos extraordinaria. Desde pequeños los muchachos y las muchachas estudian

juntos en la escuela y van y vienen en pandilla; y esta unión, esta intimidad, se prolonga durante los estudios secundarios, que forman la educación corriente de la mujer y los facultativos o universitarios, seguidos también por gran número de señoritas. La mujer ve en el hombre un compañero de estudios, un camarada, un amigo, con el que se puede tratar como una amiga, salvo en los casos en que la amistad se transforma en sentimiento más íntimo, en «*kaerlek*» o amor. Mas este amor no es chispazo divino, ni un arrebató frenético; es una amistad más tierna y cariñosa. La palabra *kaerlek* se compone de *kaer* que se pronuncia *cher* y significa en francés «querido», y de *lek* que quiere decir «juego»; así pues *kaerlek* no es más que un «juego de afectos», una broma sin consecuencias. Hay mujeres que se caen, pero se caen por que quieren, después de pensarlo muy despacio; la cabeza está siempre despejada y el corazón funciona como un cronómetro. Sólo un Hércules podría acometer el trabajo de trastornar la brújula de una mujer finlandesa.

Aunque aquí la mujer no es tan libre como en Rusia, no faltan señoritas que comprendan, al menos teóricamente, las ventajas de la unión libre; pero si se decidieran a cometer una tontería la cometerían intelectualmente. La frescura del temperamento apoyada por la instrucción, salva a estas mujeres de la caída pasional; de suerte que para engañarlas no queda más camino abierto que el de la propaganda científica. D. Juan tiene que convertirse aquí en maestro de escuela, porque doña

Inés está cargada de diplomas; en vez de declamar tiradas de versos apasionados, tiene que discutir como un sofista. Para comprender la concepción amorosa de este país, basta ver en los escaparates de las librerías las colecciones de estampas que están de muestra; muchas son de las que en España se venden de ocultis; lo que para nosotros es obsceno y peligroso, porque forma parte de las costumbres—de las malas costumbres—aquí es inofensivo, porque dista mucho de la realidad. Una joven que ve una mujer desnuda en actitud escabrosa cree que aquello es mitológico y se queda tan tranquila como si viera la Venus de Milo. A una señorita conocida mía, muy aficionada a la literatura francesa, le dí yo una vez varios periódicos y revistas, advirtiéndole que faltaba un número de cierta revista parisiense en el que venía una escena, no ya indecente, sino hasta sucia.—Eso no importa—me contestó la froeken, un tanto picada por el acto de tutela que yo pretendía ejercer,—no tenga usted reparo en dármele. Yo miro esas cosas desde un punto de vista artístico.

La mujer finlandesa sabe usar de su libertad. Como en España los padres dejan ir a sus hijos a estudiar a las capitales donde pueden seguir la carrera que se ha elegido, aquí se deja también ir a las hijas. Hay muchas señoritas que viven solas como los hombres; unas vienen a estudiar o a pretender empleos; otras trabajan en oficinas públicas o privadas, dan lecciones de idiomas, de música, de pintura. Tienen sus amigos y dan pequeñas reuniones en las horas libres de trabajo o en los días

de fiesta. No hay inconveniente en que una joven vaya a casa de un hombre soltero a dar lecciones o a tomarlas, ni en que a su vez invite a un amigo a tomar una taza de té y a charlar un rato. El público no murmura mientras no hay «actos exteriores» que dan a entender que se han perdido los estribos. Dentro de su casa cada cual hace lo que quiere; una mujer que da lecciones de idiomas no es más que una «praklaerarinna» y si sus discípulos aprenden o no aprenden, a nadie le interesa saberlo. La ley no puede hacer más que prohibir la aglomeración de señoritas solas en una casa, cuando no se va por buen camino; no está permitido que vivan juntas más de dos.

De estas mujeres sueltas algunas se encariñan con la vida libre y sacuden el yugo masculino; comienzan por hablar mal de los hombres, luego compran una bicicleta y por último se cortan el pelo. Hay emancipadas palomas, de esas que pudiéramos llamar «feas definitivas», que cuando se cortan el pelo quisieran cortarse hasta cráneo; pero las demás, las que tienen algún agarradero, no pierden nunca la esperanza y se dejarían crecer la cabellera si alguien con interés y cariño se lo aconsejara. Hasta he creído notar que las mujeres que se dedican a trabajos más vulgares tienen mayor propensión a la vida sentimental; el prosaísmo de sus ocupaciones les quita la gracia y delicadeza de la expresión; pero debajo de apariencias adustas, masculinas, se conserva la idea madre, la idea constitutiva de la naturaleza de la mujer, la de ren-

dirse y someterse, de mejor o peor gana, a la autoridad natural del hombre.

Lo más extraño, dada la libertad de las costumbres, es la importancia que aquí tiene el noviazgo o prometimiento. Un hombre y una mujer pueden conocerse a fondo tratándose como amigos íntimos, mucho mejor que en España los novios, cuyas relaciones están sujetas a mil cortapisas; y sin embargo no se dan por satisfechos, necesitan verse aún más de cerca y de amigos pasan a «foerlofvade». Con este título en los periódicos suecos, y con el de «kihloissa» en los finlandeses, hay en primera plana una sección donde los novios publican juntos sus nombres.

El «foerlofning» se reduce al cambio de anillos y no crea ninguna obligación; hay señorita que ha tenido tres ó cuatro; pero influye en las relaciones sociales, pues los novios pueden ir solos por todas partes, viajar juntos y permitirse alguna que otra expansión inocente. La joven que antes saludaba con un duro apretón de manos, puede suavizar un poco el movimiento y manifestar su ternura, arreglándole la corbata a su amante o limpiándole las peluzas del gabán. La moralidad no padece, porque el noviazgo es un período de prueba para la mujer y ésta sabe que en el juego le va el casorio.

Cuando los novios se han hartado de jugar (no se olvide que aquí el amor es un juego), se pasa a mayores y viene el casamiento, que se anuncia también en la sección de «Vigde» en sueco y «Vihityt» en finlandés; poniendo como en la de «Foerlofvade» el nombre de la mujer y el del marido, y

además la iglesia en que ha tenido lugar la ceremonia. Entonces empieza la mujer a funcionar en su papel propio, pero sin cambiar tan bruscamente de vida como la mujer española. En general la mujer casada es aquí muy callejera, porque tiene el hábito adquirido en el período de soltería; mas aparte de este punto flaco y de que algunas señoras no se avienen al régimen autoritario, la mujer casada es excelente, continúa trabajando en labores que pueden hacerse en casa (esto aun en las familias de buena posición) y es un auxiliar del marido; es experimentada e instruída tanto como el hombre y está unida con él, no sólo por el afecto o por los intereses domésticos, sino por la comunidad intelectual.

Yo comprendo las ventajas de la familia intelectual a estilo finlandés, y prefiero la familia sentimental a la española. En España, un hombre de ciencia o de arte encuentra con dificultad una mujer que se interese por sus trabajos; tiene que pensar solo; pero el pensar no es toda la vida. Hay muchos hombres que no piensan casi nunca y de los que piensan hay también muchos que lo hacen de tarde en tarde; así, pues, lo intelectual en la mujer es secundario, si se atiende al papel que ésta representa en la vida del hombre. Muy bello sería que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, preferible es que no salga de la cocina. La mujer finlandesa no está conforme aún con su situación; envidia a la rusa y a la norteamericana, y cree que a fuerza

de estudios ha de lograr nivelarse con el hombre; mas al casarse, y a veces antes, nota que la tiranía, no viene del hombre sino de la naturaleza femenina, y particularmente de la maternidad, y procura descargarse de este fatigoso deber. Hay quien cree que a las señoras inteligentes se les seca la matriz; yo opino que lo que se les seca es la voluntad. En cuanto una mujer adquiere conciencia exacta de sus obligaciones y obra, no por instinto, sino por reflexión y cálculo, se insubordina contra su propia naturaleza, donde está la causa de sus penalidades, y se convierte en un hombre estrecho de hombros y corto de piernas, en una calamidad estética y social.

Aunque aquí se nota a las claras que los duros trabajos de la generación corren principalmente a cargo de las clases pobres y de los campesinos, no se ha llegado todavía al ideal moderno. Y las señoras sabias y multilingües se resignan, bien que con marcado disgusto, a ser madres de familia. El nacimiento de un nuevo ser es aquí algo más importante que en España y se anuncia también en la prensa como todos los actos de la vida familiar. No es necesario conocer a un periodista para que el público se entere del fausto acontecimiento, pues en la primera plana de los periódicos hay una sección de «Foedde» o «Syntynit», donde los padres dan cuenta del aumento de familia en los términos entusiastas con que aquí se hace todo. La forma más seria es poner en letra muy grandes: «En dotter» o «En gosse» y debajo los nombres de la madre y del padre y la fecha y localidad, pues se anuncia

el hecho en donde quiera que los padres tienen amigos y quieren hacer público su regocijo. Ordinariamente en lugar de «dotter» o hija, se pone algo más expresivo, por ejemplo: «En frisk flicka», «En rask flicka»—una robusta niña,—«En naett toes»—una linda muchacha—y si es en finlandés, «Reipas Tyttoe»; y en vez de «gosse» ó niño, «En rask gosse», «En duktig gosse» o «Reipas Poika» y otros semejantes. Este y otros mil rasgos existen aquí, que revelan cierto candor y naturalidad propios de pueblos primitivos, en pugna con los refinamientos de una cultura algo artificiosa.

Un hecho que me llamó la atención a poco de estar aquí, fué la abundancia de mujeres viudas. Como el estado de viudez es en cierto modo el estado ideal para una señora culta, llegué a pensar si habría de por medio algún misterio grave. La causa, sin embargo, es sencilla e inocente. Con el sistema moderno de los escalafones, un hombre no puede sostener decorosamente una familia hasta que se acerca a la vejez; y aquí, con mayor motivo, por ser la vida más costosa y mayores las exigencias de las mujeres. Por otro lado, la mujer finlandesa es muy práctica y no se conforma con amar a secas; aquí no tiene aplicación el «contigo pan y cebolla», entre otras razones porque no se crían cebollas; y luego el clima conserva mucho las personas y para los efectos del matrimonio un hombre a los cincuenta años representa lo que en España uno de treinta y cinco a cuarenta. Las mujeres finlandesas no le hacen ascos a los viejos y bueno es que la noticia circule. Un señor de

cincuenta a sesenta años y en posición desahogada, puede aspirar a la mano de una muchacha, y lo que es más bello, a inspirar un verdadero amor, si es amor lo que aquí recibe ese nombre. Estas uniones desiguales tienen además la ventaja de que el viejo galán suele perecer pronto en la aventura y dejar a su joven esposa con medios para vivir independiente y en condiciones admirables para divertirse y ser ornamento de la sociedad. Hay un sacrificio, un tanto doloroso; el del que se muere; pero la comunidad sale altamente gananciosa.

Tanto la mujer casada como la viuda disfrutan del título del esposo y lo ponen antes del nombre; la mujer de un «doctor» es «doktorinna», la de un «pastor» «pastorka», la de un «ingeniero» «ingenioerska», la de un «presidente» «presidentska», la de un «capitán» «kapteuska», y por estilo centenares de nombres, incongruentes algunos con la condición de la mujer; las viudas se ponen delante de esos títulos la palabra «enke»; «enkefrú» es la viuda en general y luego hay «enkedoktarinna», «enkesenatorska», «enkeofverstinna», etc. El uso del título está tan entronizado que hasta en la familia se usa entre padres e hijos. Una señora cuya hija esté casada con un coronel, preguntará por ejemplo ¿ha venido hoy la «coefverstinna», la coronela? Las etiquetas sociales tienen un valor extraordinario; un hombre no significa nada mientras no se le antepone el título del cargo que su poseedor desempeña.

Para completar el cuadro de los estados sociales

diré dos palabras sobre las mujeres divorciadas; en el interior del país, donde las costumbres son más primitivas, donde se peca mucho contra la moral, pero más bien por ignorancia que por malicia, la especie es desconocida: en las ciudades existe como consecuencia necesaria de la civilización. En España no tenemos idea de la divorciada más que por lo que nos cuentan de la nación vecina, donde el tipo es algo escandaloso; aquí el divorcio es natural y debe existir, porque encaja muy bien en la concepción de la familia. En España no sería posible establecer escuelas mixtas y en Francia hubo hace poco un gran alboroto por los abusos cometidos en el colegio de Cempuis, donde se intentó ensayar el sistema; aquí estudian juntos muchachas y muchachos sin la menor dificultad. Entre novios existe ya algo que indica la conveniencia de permitir el divorcio; de la amistad se pasa como vimos al «kaerlek»; cuando éste acaba se vuelve a la amistad y los que fueron novios continúan siendo grandes amigos. Una señorita conserva cuidadosamente todos los recuerdos de sus amoríos y se los enseña a todo el mundo, hasta a las mujeres de sus antiguos novios, de las que suele hacerse amiga por mediación de éstos. Se ven cosas que denotan una fresca envidiable.

Respecto del divorcio me contaron un hecho típico. Una señora aburrída de su marido y enamorada de un obsequioso pretendiente, plantea en familia la cuestión de confianza, sin duda por no verse en la triste necesidad de faltar a sus deberes.